

Auto-graphos

Me siento una hechicera que escribe para ser feliz

Virginia Moratiel

Si en estos tiempos de incertidumbre, temor, escasez, sufrimientos y miserias de todo tipo, alguien me preguntara a bocajarro por qué escribo, contestaría sin vergüenza que lo hago simplemente para ser feliz. Puede que la respuesta parezca superficial o socialmente poco comprometida para aquellos que aún no me han leído, y resulte desconcertante para los que ya saben que mis historias pretenden inquietar, incluso ser desgarradoras, porque están contadas desde la pasión de quien se viste con la piel de sus personajes pero, a la vez, reflexiona arropándose en el bagaje de toda una vida dedicada a la filosofía. Sin embargo, estoy segura de que hasta Schopenhauer, el mayor teórico del pesimismo, la daría por válida. Tal vez lo que ocurre es que estamos tan acostumbrados a publicitar el malestar que supone hacer algo, quizás solo con el fin de que se nos valore, que hemos llegado a convertir el arquetipo de los poetas malditos en un lugar común, como si las vidas trágicas y las tendencias autodestructivas fueran la consecuencia de los dones literarios, como si la genialidad —por decirlo con Verlaine— fuera la causa de la maldición, sin comprender el funesto mensaje que semejante sentencia arroja sobre el arte y su función tanto a nivel personal como colectivo.

No hay duda de que la vida humana en general transcurre en su mayor parte entre el dolor y que nadie está exento de su padecimiento. Y no me refiero solo al sufrimiento físico, objetivo, sino al dolor psíquico, el que surge de nuestros propios deseos, del miedo a no consumirlos, del contraste de su realización frente a nuestras expectativas y, sobre todo, el que nace de la confrontación con otros seres humanos en una sociedad cada vez más cruel, avariciosa y ladina. Basta arrojar una mirada hacia la historia humana para descubrir que se trata de un mal endémico de la especie que resulta de la inadaptación de nuestras aspiraciones a las circunstancias que nos rodean. Y basta echar un vistazo al último medio siglo para comprender que estos deseos se han visto constantemente incrementados por las tentadoras ofertas de un mercado que, en alianza con la tecnología, ha ido exten-

diendo sus tentáculos incluso en los sitios más recónditos despertando necesidades insustanciales que encubren nuestras ansias de poder sobre los demás. Es innegable que nacemos en un mundo de imágenes interpretadas por otros y nos comportamos en él como animales arteros, pugnando con más o menos suerte por abrirnos un hueco en esa realidad semánticamente constituida. Pero también lo es que siempre hemos vivido entre imágenes y a través de ellas, porque eso es lo único que captamos del mundo y de nosotros mismos mediante los sentidos y el cerebro: imágenes convertidas en materia para interpretar. Mi conclusión al respecto es que somos seres con una imaginación altamente desarrollada y eso nos define como humanos. La usamos como base para todas nuestras actividades, aunque su función a veces quede oculta tras otras facultades que también intervienen en la construcción de lo que hacemos, sentimos y pensamos. En situaciones estables, se asemeja a un vigía de frontera recordándonos los límites que nuestro impulso de autoafirmación ha encontrado en su despliegue sobre el mundo, situándonos en el espacio, en el tiempo y en nuestra relación con los demás, pero sin dejar de atisbar un territorio desvaído, aún por conocer y habitar. Cualquier invención o descubrimiento, cualquier proyecto en la cultura humana, se produjo porque alguien fue capaz de mirar más allá de su realidad concreta e imaginar otra, fantástica para los que no creían en ella, falsa o peligrosa para sus detractores. Cualquier decisión de nuestra vida que se aparte de las rutinas hechas hábito es proyectada antes de forma imaginaria, porque la imaginación es la llave que abre la puerta de la libertad. El arte es su reino.

Es verdad, escribo para ser feliz, especialmente si se trata de crear ficciones, porque la escritura me ayuda a recomponer la experiencia vivida, rescatar de ella lo aprendido y lo gratificante para que no caiga en el olvido, restañar las heridas que me ha dejado y rellenar sus grietas con la imaginación, incluso sus abismos, en un acto personal de libertad, que me permite jugar con la materia, las ideas, los sentimientos, el tiempo, el espacio, conmigo misma y con los

demás, para explayarme íntegramente sobre el mundo, de modo parecido a como entendemos el “Hágase la luz” de la creación divina. Por eso me gusta definir el arte como un acto de magia, un juego de encantamiento en el que caemos libremente, tanto el autor como el receptor, sabiendo que el universo creado es falso, una pura invención, y aceptando, mientras estamos inmersos en él, que es lo único verdadero. Gracias a esa mutua complicidad, cada lector puede disfrutar de la obra, rehacer el camino creativo a su manera, repensar su propia experiencia y, tal vez, alcanzar una solución para el doloroso mundo en el que vive. Y si esto llegara a suceder, incluso si tan solo ocurriera en parte, reducido al goce de contemplar la belleza que surge del horror y las tinieblas, el círculo estético se habría completado dejándome la íntima alegría de haber escrito también para hacer felices a los demás.

Sí, el arte compromete, tanto a quien lo produce como a quien lo recibe, porque trasciende la pura habilidad. Está claro que, sin la intervención de unas técnicas aprendidas (en el caso de la literatura, a través de la lectura de los maestros, el conocimiento de la gramática y el ejercicio reiterado de la propia escritura), sería imposible crear algo legible. Pero el arte no es simple prestidigitación sino auténtica magia e, igual que ella, constituye un camino de aprendizaje, un modo privilegiado de alcanzar la verdad. Quizás por esta razón, el misterio ocupa un lugar relevante en todas mis historias, tanto en los cuentos como en la novela. Junto a él inevitablemente aparecen también el secreto, las dudas, las incógnitas, las posibles alternativas a la trama o los cambios bruscos de perspectiva, aderezados con un sentido del humor que relativiza las situaciones y aligera el efecto de la contingencia o la contradicción. Podrían parecer simples trucos para mantener la atención del lector, pero aspiran a mucho más. Pretenden incitarlo a pensar por sí mismo, a investigar por su cuenta, no solo en el ámbito de la trama creada sino en su circunstancia real, para que revele malentendidos, engaños, ilusiones, para que asuma un punto de vista distinto del que le es habitual y amplíe cada vez más su saber sobre el mundo. En rigor, el misterio es el espacio mental que reservamos para lo incalificable, para aquello que no podemos entender porque no se ajusta a las leyes de nuestra visión del universo y, precisamente por eso, se nos escapa. Representa a lo otro, al que tememos, quizás porque nos desafía en su radical alteridad, pero que a la vez nos fascina, porque asombra, intriga, provocando curiosidad y alentando el ansia de saber. Dosificar bien ese anhelo sin agotar la paciencia del lector es lo más difícil, toda una técnica: la del suspense.

Pero el artista solo es capaz de embrujar, haciendo mantener la atención sobre sus artificios y guiando en el camino del aprendizaje, cuando se comporta como un auténtico hechicero y ejecuta sinceramente los principios de la magia, a pesar de no ser siempre consciente de que lo está haciendo. La magia es la religión más antigua de la humanidad, hunde sus raíces en las primeras emociones, cuando la lógica aún no se había impuesto en nuestra existencia, y constituye una cosmovisión que encaja muy bien en la práctica del artista, cuyo fin es expresarse trascendiéndose a sí mismo. Las ideas de que el mundo está animado por fuerzas espirituales, de

que la totalidad se encuentra en cada uno de los elementos que la componen y de que existe una afinidad esencial entre la mente del brujo y el resto del universo explican muy bien cómo el artista puede salir de sí mismo, sentir y vivir la experiencia de otros. El poeta romántico John Keats explica en sus cartas varias veces esta vivencia empática y el placer que le produce. “Si un gorrión se posa junto a mi ventana, tomo parte en esa existencia y picoteo en el suelo”, le dice a su amigo Bayley. “En cuanto al carácter poético en sí... no tiene un yo, es todo y es nada; no tiene un carácter, goza con la luz y con la sombra, vive en lo que le gusta, sea horrible o hermoso, excelso o humilde, rico o pobre, mezquino o elevado [...]. El poeta no posee ningún atributo invariable; ciertamente es la menos poética de las criaturas de Dios”, insiste a Richard Woodhouse. Se trata de una práctica generalizada que también atestiguan otros artistas: desde Miguel Ángel, quien elegía sus mármoles en la cantera en función de la forma que le sugería la materia, hasta Rainer Maria Rilke, Walt Whitman o Julio Cortázar, quien presentó al poeta como un camaleón, al que no le importa confundirse con su entorno, renunciar a defenderse de él y abandonar esa actitud habitual de antagonismo propia de la conducta lógica (*La vuelta al día en ochenta mundos*, ‘Casilla del camaleón’). Al admitir la consonancia entre el Yo y lo otro, el artista actúa como un mago que, mimetizándose con su entorno, se hace capaz de reanimar hasta lo que está muerto, un mago que transmuta las pasiones más bajas con su varita y las devuelve como puntos de luz. Su poder reside en el interior de su propio espíritu y su instrumento es la palabra creadora, ese abrazadabra que convierte a lo otro en un Tú. Por eso, acostumbro a caracterizar mi propio estilo como “idealismo mágico”, la expresión utilizada para definir la escritura de otro gran romántico, Novalis. Igual que él intento despertar el espíritu dormido que habita en la naturaleza, en la materia, en el recuerdo de lo que ya pasó y no puede volver, para construir un nuevo mundo de imágenes y símbolos, transfigurados por la sinceridad y el esplendor de la palabra poética, donde la filosofía se alie con la literatura y las demás artes, mostrando que el bien y la verdad se hermanan en la belleza.

Como sugiere la portada de *Artimañas* a través de esa fotografía genial de Marino Maurizi que me refleja preparando una filosofía del arte en cuentos, yo solo necesitaba escoger una máscara, ajustármela y dejarme ser por el personaje haciendo caso omiso de prejuicios morales y cognitivos. Daba lo mismo la criatura de la que se terciase y cuáles fueran sus propósitos. En el fondo, sabía perfectamente que se trataba de un juego con mis propias experiencias, convertidas en material para un acto de imaginación, con el que buscaba encontrar una respuesta, alguna pista para comprender las cuestiones vitales que me preocupaban. Una vez dentro de mi nueva piel, me encantaba incursionar por el lado oscuro, el de lo siniestro, como los románticos. Me deleitaba exacerbar las pasiones, coqueteando con el misterio, la intriga, el secreto, el olvido, la muerte, el miedo y el dolor. Con el paso del tiempo, comprendí que ponerme una máscara y hacerla vivir desde mis adentros era esencial para mí, un verdadero proceso de socialización. Al sentirme inmersa en otras personalidades y en otros cuerpos, era capaz de comprender a los demás, de ver el mundo desde otras perspectivas, en un

contexto lúdico, el de la actitud estética, donde se genera toda una red de sentido al margen de los criterios de utilidad, apropiación y dominio imperantes en la sociedad y que, precisamente por eso, deja libre para ser feliz. Así, cuanto más me entregaba a ese ámbito en el que todo interpela a todo, más se disolvía mi propio ego permitiéndome vislumbrar nuevos caminos hasta entonces impensables. Gracias a eso, podía zambullirme en lo sustancial, en lo que siempre permanece, en la fluencia de la vida única, y desde ella hacer surgir la belleza, como en una experiencia mística, que me traía ecos de la consideración religiosa que el vate tuvo en las sociedades arcaicas.

Para poder hacerlo, sin embargo, era imprescindible no dejarse atrapar por la corriente y ser siempre capaz de volver a la orilla, de marcar el límite entre el mundo imaginario y el real, como quien camina sobre el filo de una navaja. Aunque reconozca que, temperamentalmente, soy una romántica empedernida que siempre ha ansiado lo sublime, la escritura me ha enseñado muchas cosas. Por ejemplo, que cada máscara, cada papel que escogemos, lleva impresos nuestros propios rasgos, como en la portada. Tal vez por eso, de tanto perderse en lo otro y volver a encontrarse, el ejercicio del arte permite finalmente descubrir nuestro lugar en el universo, puntual y a la vez fluyente, esa identidad que todos necesitamos y que, en mi caso, se ha resuelto con el nombre de Virginia Moratiel, la escritora.



